

Despejado

A^a

Carys Davies

Despejado

Traducción de Gabriel Insausti

Libros del Asteroide^a

Primera edición, 2025
Título original *Clear*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares ~~de~~ *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Carys Davies, 2024
Publicado originalmente por Granta Books
Derechos de traducción gestionados a través de MB Agencia Literaria SL. y
The Clegg Agency, Inc., USA
Todos los derechos reservados

© de la traducción, Gabriel Insausti, 2025
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: © Derek Macara

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.º 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-32-8
Depósito legal: B. 22411-2024
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España — Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Michael

Deseó saber nadar. El flotador parecía endeble y no suponía ningún consuelo que le hubiesen dicho que no se preocupase, que los demás tampoco sabían nadar.

Cada vez que subían atisbaba la rocosa costa, los acantilados, la ausencia de cualquier tipo de embarcadero; cada vez que bajaban, las rocas desaparecían y las reemplazaba un muro acuoso y gris.

Cerró los ojos.

Un golpe sordo.

Dios mío.

Se aferró a la borda mientras volvían a subir y vio, sobre los acantilados, mil aves que ascendían y daban vueltas y más vueltas. Cuando la embarcación se inclinó y se hundió en la hondonada por el otro lado, supo que lo haría por última vez.

Pero después de una hora de lo que los hombres describirían más tarde como «un mar al que se le habían subido los humos», John Ferguson se encontró depositado a salvo, con su morral y su caja, sobre la estrecha franja de playa arenosa que, pese a las apariencias, restó que existía a la sombra de los colosales acantilados.

Qué alivio sentir el terreno firme bajo las suelas de sus empapados zapatos.

Qué alivio ver cómo el agua goteaba de su abrigo sobre la densa arena y distinguir a lo lejos —como Strachan dijo que vería— la casa Baillie, clara y casi luminosa en la penumbra plateada del atardecer.

Con los dedos helados se desajustó el cinturón del flotador y lo arrojó, animado, al interior de la embarcación. Se aflojó el pañuelo, lo escurrió y se lo puso de nuevo. Se sacudió el agua de mar lo mejor que pudo de las mangas y los bolsillos del abrigo y saltó varias veces sobre los zapatos calados para entrar en calor. Dio gracias a Dios por haber llegado.

Lo único que faltaba ya, antes de que los hombres regresasen sobre aquellas aguas embravecidas al *Rose*, era que uno de ellos llevase la caja mientras él lo seguía con su morral, abriéndose camino sobre las rocas como un pájaro larguirucho y flaco vadeándolas, el fino cabello oscuro erguido al viento tenaz, mientras hablaba en silencio con su esposa ausente:

«Ya ves, Mary, que todo ha ido bien. Estoy aquí, he llegado. Estoy a salvo. No tienes de qué preocuparte. Haré lo que he venido a hacer y antes de que te des cuenta estaré de vuelta en casa.»

Todo estaba en calma y llovía un poco.

Ivar trabajó duramente toda la mañana, colocando turba y paja en los lugares donde el mal tiempo había abierto huecos en el tejado, y anudándolo todo con sus pesados y retorcidos cordajes. Hacer aquel trabajo le proporcionaba una sensación de tranquilidad: trepar al tejado, bajar de nuevo, caminar pesadamente sobre el terreno cenagoso y detenerse de vez en cuando a afilar el cuchillo.

Cuando llegó la noche se acurrucó junto al fuego para hacerse la cena, hirviendo la leche durante un buen rato hasta que adquirió el color oscuro y el gusto agrio que le gustaba. Una vez terminó de comer rascó en el interior de la cazuela hasta dejarla impoluta y limpió la capa de hollín en la parte de abajo, y después se sentó sobre el sillón con la cazuela limpia en su regazo porque era la época del año en que los días se alargan y las noches se abrevian e Ivar apenas siquiera se acostaba para dormir.

Afuera, más allá de los gruesos muros de piedra de su casa, el contorno de la isla se hundía brevemente en la penumbra pero sin desaparecer nunca del todo, y muy

pronto, a través del hueco del tejado sobre el hogar, empezaba a llegar la luz en una columna de paja, escama de pez y vedijas de lana que brillaba y giraba lentamente.

Caía sobre el suelo de barro pisoteado y el borde de la mesa baja y el cazo en el regazo de Ivar y sobre su rostro dormido, iluminándolo y separándolo de la penumbra que lo rodeaba como se hace en algunos cuadros: un rostro surcado de arrugas y curtido por la intemperie, pesado, como si lo hubiesen tallado; un rostro que no era viejo, pero tampoco joven.

Su cabello era del color de la paja sucia, y su barba un poco más oscura, más tostada, cerrada y quizá algo descuidada, con una parte ya gris sobre el mentón, hacia el lado izquierdo, que sobresalía del resto como la huella de la mano de un niño. Al carecer de espejo, no tenía en su mente una imagen clara de su propio aspecto más allá de los vagos reflejos que a veces veía en los charcos y las pozas de la isla, aunque obviamente era consciente de sí mismo en relación con su entorno: sabía que era lo bastante alto como para verse obligado a inclinarse cuando iba de aquí para allá en su casita de techo bajo, que era lo bastante ancho como para ocupar todo el hueco de la puerta cuando pasaba encorvado, y que, pese a la enfermedad del invierno pasado, era lo bastante fuerte como para realizar todas las tareas que tenía que realizar.

Cuando ya había amanecido del todo, salió.

El arroyo de abajo se había ensanchado con la lluvia y por todas partes el suelo estaba enfangado. En el manantial el barro le cubría los pies.

Dio de beber un poco de agua a la vieja vaca y comprobó el nudo de la correa, y luego fue al campo a ver

a Pegi y se quedó a hablarle durante un rato, acariciándole la gruesa y desordenada melena con la palma de la mano. Le dijo que era como una vieja col y que era tonta y de aspecto extraño, y le dedicó una multitud de apodosos que tenía reservados para ella en su jerga. A la luz tempranera, tenía la piel del lomo polvorienta y opaca, de un sucio gris con un matiz azul y amarillo.

«*Prus!*», le dijo por fin. Era la palabra que empleaba para decirle que tenían trabajo que hacer y que era hora de ponerse en camino.

En la casa Baillie, tras abrir la puerta y entrar, John Ferguson vació el morral sobre la estrecha cama: su camisa de repuesto y su segunda muda; su peine y su jabón; el libro de registros azul y sus papeles; el recado de escribir y el retrato de Mary en el marco de cuero labrado; la pistola, la pólvora, la munición.

No era tan cómoda como Strachan le había hecho creer; si en un tiempo había sido confortable, ya no lo era.

La estrecha cama de hierro no tenía mantas y los únicos muebles que había aparte de esa cama eran una mesa baja de tres patas y un solo taburete. Se preguntó si no estaría mejor en la iglesia, pero cuando caminó bajo un cielo que se estaba despejando, para investigar un poco comprobó que el pequeño edificio gris estaba lleno de heno y que buena parte del techo se había derrumbado.

Bien.

Al menos había una cazuela en el hogar para cocinar, y en una repisa en la parte trasera de la casa encontró un pequeño suministro de turba. Tenía también consigo su caja, con la tarta de frutas de Mary y otros alimentos

dentro. Todas aquellas cosas eran una bendición, y por cada una de ellas musitó una silenciosa oración de gratitud.

También se recordó a sí mismo que había sobrevivido a un largo y horrible viaje y que, gracias a Dios, ya no estaba mareado por el vaivén de las olas. Dio también gracias por eso y, mientras se dejaba caer sobre el pequeño taburete recordó, igualmente, que iban a pagarle por aquello.

Así que...

Haría fuego en el hogar y pondría a secar sus ropas y se prepararía algo de comer; e intentaría dormir bien, y por la mañana echaría un vistazo rápido a la isla, pasaría el día haciéndose al lugar y después iría a ver al hombre en cuestión.

Ivar llevó a Pegi más allá del manantial, rodeando el pie de una colina escarpada. Los cestos vacíos sobre su lomo crujían mientras ambos caminaban.

Avanzaron lenta y constantemente en dirección a la costa, hasta que tuvieron a la vista una lengua de tierra que descendía bajo la colina blanquecina y que quedaba cubierta por el agua con la pleamar pero se secaba al retirarse la marea.

Ahora estaba seca —un alargado banco de arena que formaba un cuello entre dos extensiones de agua a ambos lados—, y hacia ese delgado pedazo de tierra seco y pedregosa se encaminó Ivar tras dejar a Pegi suelta pastando, al tiempo que llevaba la caja de madera en la que guardaba y acumulaba el cebo.

Apenas soplaba el viento, solo había una suave brisa hacia la costa, delicada y constante contra su cuerpo y su rostro, y por un momento se detuvo disfrutando la sensación del viento que le agitaba el cabello. Había salido poco durante la última primavera, primero por su enfermedad y luego por el mal tiempo, demasiado intempestivo para el trabajo al aire libre, que hacía

imposible pescar en las rocas, con el mar agitado y abrupto, incansable, la espuma de las pesadas olas que golpeaban contra la orilla formaba una gruesa neblina a lo largo de la costa. Había pasado la mayor parte del tiempo tejiendo, sentado casi siempre sobre el sillón junto al hogar, pero también a veces sobre el taburete del establo, con Pegi, en ocasiones hablándole pero mayormente permaneciendo sentado en su compañía con un calcetín o un gorro o lo que fuese que estuviera tejiendo. Mientras recorría el banco de arena entre los dos bajíos, con aquella pizca de viento, pensó en eso, en el placer de sentarse con Pegi y tejer en silencio; Pegi muy quieta y su manos en movimiento mientras manipulaban las agujas; lo único que se movía aparte de ellas era una tela de araña que temblaba en el aire, cerca del suelo.

Mientras caminaba se asomó a los charcos, arrancando las lapas de las rocas y dejándolas caer al interior de la caja con el cebo, y luego volvió a lo largo de la playa hasta donde pastaba Pegi, y juntos rodearon la colina blanquecina y subieron hasta lo alto de los acantilados, más allá de la iglesia donde guardaba el heno y a lo largo del muro que separaba el cementerio del pastizal que había tras él. Siguió hasta pasar la casa Baillie y rodeó la charca donde su madre y su abuela habían ahogado los cachorros, pensando que podría seguir hasta la ensenada a recoger la hierba para el forraje vespertino de la vaca. Pero tenía hambre, no había probado bocado desde la leche hervida de la víspera; y estaba cansado tras pasar aquella breve noche dormitando en el sillón. «Deberías irte a casa, Ivar —se dijo—, te sentirás mejor después de desayunar.»

Recordaría aquello, por supuesto: que se detuvo un momento sobre la casa Baillie antes de decidir si irse a casa o seguir hasta la ensenada por la hierba; recordaría que miró hacia abajo y no vio nada extraño, nada de humo ni una puerta abierta, nada que no hubiese esperado ver.

